

GONZALO CATAÑO

**CRÍTICA HISTÓRICA:
La Nueva Historia
y sus predecesores**

Universidad Externado de Colombia
Colección Historia de la Universidad Externado de Colombia n.º 10

Cataño, Gonzalo

Crítica histórica : la nueva historia y sus predecesores / Gonzalo Cataño. -- Bogotá : Universidad Externado de Colombia, 2024. -- Primera edición
147 páginas. Colección Historia de la Universidad Externado de Colombia; 10

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo e índice onomástico

ISBN: 9789585061637 (impreso) 9789585061651 (electrónico)

1. Friede, Juan -- Crítica e interpretación 2. Masur, Gerhard 1901-1975 -- Crítica e interpretación 3. Jaramillo Uribe, Jaime -- Crítica e interpretación 4. Historiografía -- Colombia 5. Análisis histórico de sucesos -- Colombia 6. Historia antigua -- Fuentes 7. I. Historia económica -- Fuentes I. Universidad Externado de Colombia II. Título III. Serie

907.2 SCDD 21

Catalogación en la fuente -- Universidad Externado de Colombia. Biblioteca. MSR.
octubre de 2024

ISBN 978-958-506-163-7

e-ISBN 978-958-506-165-1

© 2024, GONZALO CATAÑO

© 2024, UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá

Teléfono (+57) 601 342 0288

publicaciones@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición: octubre de 2024

Revisión editorial: Natalia León Soler

Imagen de cubierta: *Lanceros en marcha*, por Alberto Urdaneta Urdaneta,

Dibujo 26 x 23,8 cm., 1877, Museo Nacional de Colombia

Diseño de cubierta: Departamento de Publicaciones

Corrección de estilo: Aureliano Pedraza

Composición: Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación: DGP Editores S.A.S.

Tiraje de 1 a 1.000 ejemplares

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Prohibida la reproducción o cita impresa o electrónica total o parcial de esta obra, sin autorización expresa y por escrito del Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia. Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor.

A la memoria de *Gerhard Masur*,
sabio de Europa y América
(1901-1975)

CONTENIDO

PRELUDIO: EL VALOR DE LA HISTORIA	9
LA NUEVA HISTORIA Y SUS PREDECESORES	
Introducción	23
La Nueva Historia	27
Los predecesores: Juan Friede	32
Los predecesores: la historia económica y social	35
Los predecesores: la historia “científica”	41
Logros de la Nueva Historia	55
Difusión de la Nueva Historia	57
Penurias de la Nueva Historia	61
Nuevos retos: el presente como historia	68
La memoria	75
Coda	79
HISTORIA INTELECTUAL: EL PENSAMIENTO COLOMBIANO	
DEL SIGLO XIX	
El libro	94
Historia intelectual	97
Un legado	104
EL HISTORIADOR GERHARD MASUR	109
ÍNDICE ONOMÁSTICO	139
EL AUTOR	147

PRELUDIO:
EL VALOR DE LA HISTORIA

La historia, en la mayor parte, es un compuesto de todas las desgracias ocasionadas en este mundo por el orgullo, la ambición, la avaricia, la venganza, la codicia, la sedición, la hipocresía, un celo inconsiderado, y por toda la serie de pasiones desordenadas que conmuevan al pueblo (*the public*).

No tomamos de la historia todas las lecciones de moral que pudiéramos sacar de ella. Por el contrario, si se observa con cuidado, puede servir para corromper nuestros espíritus y destruir nuestra felicidad. La historia es un gran libro abierto para nuestra instrucción; en todos los errores pasados, en todos los males que han afligido al género humano, tomamos lecciones de su sabiduría para lo futuro.

Pero en un sentido enteramente opuesto, ¿no puede servir también a la perversidad, administrar armas ofensivas y defensivas a los diferentes partidos que se formen en la Iglesia o en el Estado, procurarles medios de perpetuar o reanimar sus disensiones y animosidades, y atizar el fuego de todos los furores civiles?

Edmund Burke (1826, p. 142)

Los materiales del presente libro constituyen una muestra de historia intelectual. En conjunto ofrecen reflexiones críti-

cas sobre el desenvolvimiento de los estudios históricos en el país. Dos de ellos giran alrededor de la figura de Jaime Jaramillo Uribe, el decano de la historiografía moderna en Colombia, un analista que mostró que las ideas son representaciones colectivas susceptibles de orientar la acción de hombres y mujeres en los más diversos escenarios de la vida social.

Los ensayos parten del supuesto de que la historia es una ciencia social, disciplina que se desarrolla siguiendo las demandas de la investigación asistida por el espíritu de precisión y fidelidad empírica. Examina hechos fijados en el tiempo y en el espacio, y recurre a la narrativa para exponer sus resultados. Esto la une a las humanidades, pero no se confunde con ellas. Sus descripciones son relatos guiados por marcos analíticos tomados de las demás ciencias sociales muy sensibles al análisis causal.

No hay ciencia social más útil que la historia: ¡nos ayuda a conocer los sucesos del pasado! Su objeto es el discernimiento de las acciones humanas de otras épocas, de aquello que les sucedió a nuestros antepasados y que, de alguna manera, constriñen y apuran nuestros días. Explica cómo y por qué ocurrieron las cosas de una forma y no de otra a pesar de que los actores del momento tuvieron varias alternativas y diversas posibilidades de elección. Es una ciencia del cambio social, de las sociedades en movimiento. Su fin último es la indagación de la suerte de hombres y mujeres de otras eras, una de las cuales bien hubiera podido ser la nuestra.

Descartes, uno de los críticos más ásperos de la historia, la equiparaba a la fábula, a los mitos y a las leyendas, recursos que hacían que imaginemos como posibles acontecimientos que no lo son o que jamás lo fueron, en una ocasión le dio un respiro. En el *Discurso del método* afirmó que, a pesar de sus flaquezas, la historia portaba sus bondades: es un peregrinar por otros mundos que anima el conocimiento de nuestra propia cultura. Cuando nos acercamos a ella es

como viajar y conversar con la gente de siglos remotos. Su desenlace nos descubre “las costumbres de otros pueblos para juzgar las del propio con mayor acierto, y no creer que todo lo que sea contrario a nuestros modos sea ridículo y opuesto a la razón, como suelen hacer los que no han visto nada” (Descartes, 1960, pp. 13 y 15).

David Hume, un historiador a quien lo opacó la filosofía, la encontraba doblemente útil. En su parvo ensayo “Del estudio de la historia” (2011, pp. 482-486), manifestó, en primer lugar, que nada era más agradable que leer “historias”. Plutarco era el mejor ejemplo. Sus rostros paralelos –un griego, un romano– tenían poco de verdad, pero divertían y ganaban el corazón de los lectores. En él todo era conmoción, delirio y trifulca; descubrió que el amor no era la única pasión que regía el universo. Y esto ya era bastante para aquellos que deseaban alcanzar una visión más exacta de la naturaleza humana. Aquí y allá predominaban la vanidad, la avaricia, la ambición y otras mil pasiones ajenas a la bondad y a la clemencia. Pero al abordar su aspecto más serio y congruente, y esto anuncia el segundo lugar, la historia mostraba el nacimiento, ascenso y caída de los imperios más florecientes. Iba tras los hechos, los exteriorizaba, los reverenciaba; “la verdad es la base de la historia”, pensaba Hume. Relataba los dolores de la humanidad desde los tiempos oscuros, deponiendo las máscaras (las creencias) que hechizaron el juicio de los protagonistas. De allí que nada sea tan valioso como un cultivo del pasado, y nada tan infamante como tropezar con personas “que no están familiarizadas con la historia de su país”, seres que ignoren de dónde vienen y hacia dónde van, aunados a serias dudas de cómo están. No se dan cuenta de que el pasado forja el presente y apremia el futuro. A diferencia de ellos, los que hurgan la historia son mentes enriquecidas que han sentido los comienzos del mundo y de forma pausada “han ido aumentando el acervo de conocimientos con cada siglo que pasa”.

Además de estos servicios de espaciosas consecuencias, la ciencia de Heródoto y Tucídides brinda cuadros más puntuales. Los dirigentes castrense evalúan periódicamente en sus cursos formativos las jornadas napoleónicas y las batallas de la primera y segunda guerras mundiales para extraer “lecciones” y evitar errores en futuras acciones. Ranke (1958, p. 297) les recordó a sus lectores que Federico el Grande examinaba con gran interés las campañas de los generales del pasado para observar cómo habían resuelto, en condiciones de apuro, la culminación de una ofensiva. Y más aún. En una ocasión Fidel Castro manifestó que al llegar al gobierno comenzó a leer libros sobre la Revolución Francesa para ver cómo se dejaba atrás una sociedad y cómo se erigía la que habría de reemplazarla. Sabía que este último paso exigía un periodo de transición que podría llevar años, estirpes completas quizás, que se iban traduciendo en historia a medida que desfilaban los quinquenios. Hoy en día se ha tragado tres generaciones y todavía se sigue hablando de los objetivos de la *revolución* en pos de un mundo feliz.

Y se pueden aducir más ejemplos. A Marc Bloch, el historiador más notable del siglo xx, le debemos el rescate de una experiencia concreta. En uno de sus ensayos de teoría de la historia refirió la catástrofe de una firma sueca que le concedía préstamos al gobierno de Estados Unidos a cambio de ciertos monopolios. Pasaron los años y los norteamericanos recibieron el dinero, pero se olvidaron del convenio. Si los suecos –se preguntó Bloch– hubieran sido más sensibles a las bancarrotas de los Fugger, los Welser y los Bardi con los príncipes del Renacimiento, habrían estado sin duda más atentos a los peligros que conlleva hacer negocios con los gobiernos, “muy dados al milenarismo hábito de salir de los apuros faltando a sus compromisos” (Bloch, 2008, pp. 51-52).

Es posible mencionar más casos y los historiadores los pueden invocar *ad infinitum*. Los acuerdos de paz en

Colombia, desprendidos de las guerras civiles del siglo XIX, sugieren un patrón de negociación entre los gobiernos y los grupos alzados en armas. La contienda de los tres años (1899-1902), la guerra civil más estudiada, deja ver con claridad hasta dónde llegaron los pactos y qué consecuencias tuvieron para los afectados (amnistías, entrega de armas, atención a los heridos, liberación inmediata de los prisioneros de guerra, participación política de los alzados, etc.).¹ Todo reside, empero, en evitar las falsas analogías. El pasado es único y los intentos de rescatar prácticas antiguas deben contar con una mente avizora que controle las singularidades de lo acaecido para no caer en propagaciones vacías. Las generalizaciones históricas exigen una cuidadosa y detallada consideración. Es lo que subrayó Hegel al amonestar a aquellos que creían ver en la historia un arsenal para resolver los problemas de la hora.

Suele aconsejarse a los gobernantes, a los políticos, a los pueblos que vayan a la escuela de la experiencia en la historia. Pero lo que la experiencia y la historia enseñan es que jamás pueblo ni gobierno alguno han aprendido de la historia ni han actuado según doctrinas sacadas de la historia. Cada pueblo vive en un estado tan individual, que debe resolver y resolverá siempre por sí mismo; y, justamente, el gran carácter [el conductor especialmente dotado] es el que aquí sabe hallar lo recto.

En la premura y presión de los acontecimientos del mundo, no sirve de nada un principio general, un recuerdo de circunstancias semejantes, porque un pálido recuerdo no

1 Al respecto ver el libro colectivo sobre los procesos de paz decimonónicos editado por C. Camacho Arango *et al.*, *Paz en la república: Colombia, siglo XIX* (2018). Estas experiencias, y las que tuvieron lugar con las guerrillas liberales de los años cincuenta y con el M-19 (Movimiento 19 de Abril) en 1990, sugieren más de una similitud con los convenios de 2016 en La Habana entre el Estado y las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). Quizá los negociadores más sensibles a las “advertencias” de la historia las conocían y las tuvieron en cuenta.

tiene poder ninguno en la tormenta del presente, no tiene fuerza ninguna en la vivacidad y libertad del presente [...] Nada más necio, en este sentido, que la tan repetida apelación a los ejemplos de Grecia y de Roma, como solía hacerse en Francia durante la época revolucionaria. La naturaleza de aquellos pueblos y la de nuestros pueblos son totalmente distintas (Hegel, 2005, pp. 248-249).

En el mismo tono y con argumentos similares, Montesquieu había declarado años atrás en uno de sus *Pensamientos*, que por mucho que los políticos consulten a Tácito, “no encontrarán en él más que reflexiones sutiles sobre hechos que necesitarían la eternidad del mundo para retornar en las mismas circunstancias” (Starobinski, 1989, p. 205).

Lo anterior no debe llevar a concluir, sin embargo, que Hegel y Montesquieu echaran por la borda la historia. El alemán y el francés la tenían en gran concepto. Era, para ambos, una valiosa fuente de conocimiento. Montesquieu escribió todo un libro, *Grandeza y decadencia de los romanos*, para mostrar cómo y por qué se desploman las civilizaciones, y en uno de los borradores *Del espíritu de las leyes* indicó que, para tener un saber seguro de las leyes modernas, había que observar las normas de los tiempos antiguos, de las cuales se derivaban muchas de nuestras ordenanzas (Starobinski, 1989, p. 204). Para el caso de Francia, consideraba que era imposible acercarse a su derecho político sin conocer “perfectamente las costumbres y las leyes de los pueblos germánicos” (libro xxx, cap. 19 *Del espíritu de las leyes*). Y en el famoso cap. 4 del igualmente célebre libro xix había subrayado: “Varias cosas gobiernan a los hombres: el clima, la religión, las leyes, las máximas del gobierno, *los ejemplos de las cosas pasadas*, las costumbres, los hábitos”.

Hegel valoraba positivamente la historia en los campos de la cultura superior: el arte, la filosofía, el derecho y la ciencia, sin omitir los hábitos políticos de los pueblos de Oriente y Occidente. En varios de estos terrenos dejó obras